



Un punto de vista personal desde Canadá

Relación entre educación y riqueza nacional

Desde la época colonial, Canadá y la Argentina han compartido muchas similitudes en sus aspectos industriales y energéticos, han desarrollado tardíamente sus sectores económicos de manufactura y servicios, y se han visto enfrentados al problema de la reestructuración de sus economías. Además, ambos países, tienen situaciones similares referida a la educación primaria, sobre todo en las escuelas pobres donde la experiencia canadiense referida a la relación educación-economía puede resultar de interés para la Argentina.



Por **Thomas Fleming**,
Universidad de Victoria,
Columbia Británica, Canadá

Las escuelas pobres de la Argentina son una tragedia nacional, para esta generación y para las generaciones que vienen. Diseminadas en todo el país, ellas pueden encontrarse especialmente en las provincias de Chaco, Formosa, Salta, Jujuy, Santiago del Estero, Santa Fe y también en Buenos Aires, la provincia más rica de la Nación.

Las escuelas pobres tienen mucho en común. Algunas veces, ellas están mal construidas o en estado de deterioro, con frecuencia debido a la falta de cuidado en los contratos o en la supervisión de los programas de construcción. En general, las actividades se desarrollan sin los más básicos elementos como tizas o libros de texto. En ellas trabajan docentes y directivos pobremente pagados, muchos de los cuales ganan 300 pesos al mes. Los niños que estos docentes atienden frecuentemente están descuidados y, como regla, desnutridos. Respecto de los recursos educativos que se ofrecen, estas escuelas tienen más en común con la harapienta estructura educacional del siglo XIX, que con las escuelas de la edad moderna en los países desarrollados.

Escuelas olvidadas de la Argentina

Las escuelas pobres de la Región 6ª, Rosario, son típicas escuelas pobres de cualquier lugar de la Argentina. Ellas subsisten en barrios de la periferia de las ciudades. Pueden estar al final de un camino de tierra, rodeadas de casas con techos de lata que son miserablemente pequeñas y apenas habitables. Por afuera, las escuelas son sombrías, se asemejan a cárceles, tienen ventanas con barrotes y sus portones fortificados. Aquí no hay nada que sugiera que las escuelas deberían ser “jardines” donde los niños pequeños puedan florecer y alcanzar el máximo de su potencial.

Por dentro, la apariencia de las escuelas no es mucho mejor. Su desolación es lo primero que nota un visitante. No hay tipo alguno de decoración, con excepción de algunos *graffitis* garabateados sobre superficies que necesitan pintura urgentemente. Los estantes vacíos gritan reclamando libros. Las paredes peladas en verde y gris están desprovistas de cuadros, pósters o colores brillantes. Los escritorios duros y rec-

tos parecen haber sido tomados en préstamo de las aulas repulsivas de los profesores victorianos. Los recursos educativos típicos de cualquier otra escuela están ausentes aquí. No hay libros de clase, no hay materiales curriculares, no hay mapas, no hay mapamundis, no hay computadoras y no hay conexiones electrónicas u otras, que les permitirían a los niños pobres escapar de la miseria de su entorno hacia mundos nuevos y mejores, aunque sea por un momento. La pobreza ha inscripto en estas escuelas una escasez desconocida en las aulas donde los chicos de clase media pasan sus días. En medio de este vacío, se puede encontrar muy poco bienestar físico, intelectual o espiritual.

Las escuelas pobres sufren males similares en todas partes. Ventanas rotas, caños rotos y cableados defectuosos son muestras de su abandono. Algunos días, se puede encontrar solo un baño funcionando en edificios que albergan a 700 niños y 25 docentes.

Muy a menudo, el personal de la escuela depende de los padres de los alumnos para que los ayuden a hacer reparaciones. Alrededor de las escuelas, existen pocas oportunidades de trabajo; el desempleo alcanza el 85% en muchas familias. Los negocios son escasos en las calles poceadas donde los carros tirados por caballos son tan comunes como los autos, donde los taxistas y la policía tienen miedo de manejar.

Según los estándares del tercer mundo, estas escuelas todavía están sufriendo. No obstante, ellas siguen siendo instituciones de esperanza para muchas de las familias más marginadas de la Argentina, en estos barrios marcados por el desempleo, la carencia de objetivos y el fracaso. Así como están, ellas son lugares de refugio y promesa en áreas caracterizadas por las aguas cloacales corriendo por las calles, los espacios vacíos llenos de basura y los jóvenes y viejos compitiendo para ganarse el pan con la recolección de papel, metal y cualquier otro material de descarte entre la basura. Estas escuelas son siniestros recordatorios de una fe cívica de igualdad social y educativa que ahora parece olvidada por las clases más afortunadas. Es triste, pero es verdad. En donde la situación social en deterioro es más visible es en las escuelas más pobres.

Aún más desesperante que las escuelas en sí, es la difícil situación de los chicos que asisten a la escuela atraídos por el aliciente de los programas de desayuno y almuerzo. En las localidades más pobres, más del 50% de los chicos llegan a la escuela con hambre cada día. Para ellos, los fines de semana son más duros porque las escuelas están cerradas y deben buscar comida afanosamente en cualquier otra parte, mayormente a lo largo de calles anárquicas donde el abuso de drogas y alcohol, así como la violencia, divide familias y comunidades. Algunos docentes estiman que más del 50% de los jóvenes, entre 9 y 15 años, de los peores barrios de Rosario beben o han inhalado pegamento. Los cuchillos y los revólveres se pueden obtener fácilmente, a veces por 15 ó 20 pesos. Recientemente, un chico amenazó con dispararle a otro con una pistola que

llevó hasta las puertas de la escuela. Solamente los más arriesgados se alejan del área de la escuela.

En la mayoría de los casos, estos chicos van a la escuela sin el capital social que las familias normalmente brindan. Ellos están mal preparados para la escuela, habiendo disfrutado por un largo tiempo de la libertad de las calles, en donde el tiempo y la estructura no tienen ningún significado. No es que simplemente carezcan de libros, lápices o papel —de lo que, por supuesto, carecen— sino que tampoco poseen los tipos de conocimiento más básicos. Pocos de ellos son capaces de identificar las partes de su cuerpo y muchos no tienen experiencia alguna en leer, escribir o contar. Aún a los 10 ó 12 años, sus destrezas de comunicación verbal no están desarrolladas, suprimidas en gran parte por las privaciones que soportan. No sorprende que muchos chicos parezcan estar aislados socialmente y retraídos, atrapados en la cultura del silencio que ocasiona la pobreza. Nada de especial tiene la niñez en estos entornos. Nada sugiere que el presente se puede convertir en un futuro mejor mediante la disciplina, el trabajo duro y la oportunidad educativa.

En las comunidades que rodean las escuelas, prevalece una atmósfera de sopor e impotencia. Aquí los fracasos de una generación se convierten en los fracasos de otra. Aquí es donde los sueños y la equidad social se mueren primero. Aquí es donde nacen y se perpetúan las clases sociales y económicas más bajas. Sin embargo, hay una geografía de la esperanza que guía la actividad humana y se puede encontrar en los cuerpos docentes resueltos que trabajan en estas escuelas, cuyos mejores esfuerzos se opacan frente a estadísticas escalofrantes.

Más del 35% de los alumnos de las escuelas más pobres abandonan la escuela entre 7º y 9º año, y, en las familias más marginadas, solamente uno de cada 10 niños tiene la oportunidad de continuar más allá de 6º o 7º año.

Los costos de dejar la escuela

En medio de la actual crisis social y económica de la Argentina, a menudo se pasa por alto el destino de estas escuelas y estos chicos, mientras la Nación lucha con los que parecen problemas más inmediatos o más serios. Sin embargo, los efectos a largo plazo de este olvido van a ser social y financieramente desastrosos para la Nación, en los años venideros.

Los economistas han admitido, desde hace mucho tiempo, que abandonar la escuela impone un costo enorme para los individuos y para la sociedad en su conjunto. Sin una educación básica, los individuos encuentran casi imposible conseguir trabajo, especialmente empleos *full-time* y razonablemente bien pagos. La falta de educación conduce, previsiblemente, al trabajo físico y no calificado de por vida que, a menudo, es muy duro y usualmente, temporario. La gente que carece de educación, típicamente encuentra difícil el acceso a la fuerza laboral y, aun



cuando los consiguen, los empleos que obtienen son de carácter servil, mal pagos y sin oportunidad de crecimiento o cambio. El ir de empleo en empleo, con largos períodos de desempleo en el medio, es un patrón común en la gente que carece de educación. El no poder terminar la escuela representa, nada menos, que una tragedia personal en una época que demanda trabajadores con destrezas y niveles educativos en ascenso continuo.

Pero los costos reales del fracaso educativo son mucho más grandes que el desplazamiento económico de los individuos, y se pueden observar en las desventajas económicas y sociales a largo plazo asociadas con las poblaciones no educadas o poco educadas. Estas desventajas son algo que Canadá y otras naciones occidentales han tratado de estudiar y corregir a lo largo de los últimos 30 años.

Lo que Canadá ha aprendido acerca de las relaciones que existen entre la educación y la economía, debería ser de interés para la Argentina. Desde la época colonial, las dos naciones han compartido muchas similitudes. Históricamente, ambos países han puesto énfasis en sus industrias primarias; ambos han permanecido dependientes de otras naciones para obtener el capital necesario para desarrollar sus recursos; ambos han desarrollado tardíamente los sectores económicos de manufactura y servicios; ambos se han visto enfrentados al problema de la reestructuración de sus economías desde la década del '70 y la del '80.

En Canadá, por ejemplo, los canadienses poco califica-

Hoy en día, ninguna nación puede darse el lujo de tener escuelas pobres o altos índices de deserción escolar, a menos que quiera poner en peligro su futuro económico.

dos o no educados podían encontrar trabajo rápidamente en las compañías de industrias primarias, hasta la década del '70. Sin embargo, como las necesidades económicas cambiaron, estos empleos comenzaron a desaparecer a medida que las industrias se modernizaron, dejando sin empleo, en los '80, a casi el 25% de la población menos educada. La nueva economía demandaba niveles de educación básica más elevados.

Este cambio hacia una economía basada en el conocimiento se hizo evidente particularmente en el caso de Vancouver, la ciudad más grande de Canadá oriental. En 1966, casi el 80% de los trabajadores de la ciudad estaban empleados en las industrias básicas primarias y el 20% restante, en el sector de servicios. Hacia 1986, la situación se había revertido completamente.

Casi el 80% del empleo estaba establecido en los sectores de servicio y financiero, y el 20% en industrias viejas y en decadencia. Este cambio estuvo basado casi enteramente en el crecimiento de las industrias de la información y la creciente demanda de trabajadores educados. Desde ese tiem-

po, y dado que la competencia económica entre naciones y regiones se ha intensificado, el entorno laboral insiste cada vez más en contratar a trabajadores bien educados.

A lo ancho de Canadá hoy, trabajadores no calificados o poco calificados casi no tienen posibilidad de conseguir un empleo. Los trabajos que alguna vez demandaron seis años de educación básica, ahora demandan doce. Los trabajos que exigían haber terminado la escuela secundaria ahora requieren haber finalizado los estudios universitarios.

Aun el Banco Mundial, que ha sido un estricto defensor de que el crecimiento nacional se logra mediante la capitalización, ha comenzado a reconocer que los niveles más elevados de educación básica son reales motores para el crecimiento y la recuperación económica. En 2002, el Banco Mundial calculó que, por cada año de educación básica que brinda un país, su Producto Bruto Interno (PBI) aumenta más de un 6%. La inversión en capital humano es, por lo tanto, una parte esencial de “hacer crecer” una economía y de volverse competitivo internacionalmente. Hoy en día, ninguna nación puede darse el lujo de tener escuelas pobres o altos índices de deserción escolar, a menos que quiera poner en peligro su futuro económico. Igualmente importante es el hecho de que, sin una educación de buena calidad para todos, grandes segmentos de la población se ven incapacitados de participar en la vida política y cultural de la nación, creando así un sistema de clases y confiando las tareas de conducción cívica a las clases media y media-alta, como sucedía un siglo atrás.

Pero hay otras razones, aún más apremiantes, que explican por qué la enseñanza pobre es fatal económicamente, como lo han demostrado recientes estudios canadienses. Y estos tratan sobre los altos costos sociales de una población pobremente educada. El reporte estadístico sobre la salud de los canadienses de 1999, por ejemplo, comparó los gastos nacionales en salud para la gente que terminó y para la que no terminó el colegio secundario. Se encontró que los que terminaron el secundario usaban servicios médicos preventivos y menos costosos que aquellos que no terminaron el secundario; iban menos a menudo al médico; poseían un conocimiento notablemente superior de las conductas para la buena salud; disfrutaban de un mejor nivel de salud general; y tenían familias que funcionaban mejor. Teniendo en cuenta que los programas para el cuidado de la salud en Canadá consumen la porción mayor del gasto público, tanto en el ámbito federal como en el provincial, se puede obtener un ahorro enorme en el área del cuidado de la salud mediante la mejora del nivel de educación básico del país. En otras palabras, la educación básica es una inversión acertada, en tanto reduce los costos sociales de largo alcance.

El Departamento del Ministerio de Justicia de British Columbia informó, del mismo modo, acerca de las diferencias importantes entre estos dos grupos, en un estudio que rastreaba los índices de encarcelación de 84.000 alumnos. Se encontró que los alumnos que no terminaban la escuela secundaria (cerca del 39% de la muestra) fueron los responsables de que alrededor del 94% que este grupo estuviera en la cárcel. Los estudios del gobierno federal de Canadá también confirman la fuerte correlación entre los niveles educativos bajos y la encarcelación. Aunque el 66% de la población nacional terminó el secundario, ellos representan solo el 25% de la población de las cárceles federales y el 27% de las cárceles provinciales.

La provisión de educación de buena calidad sigue siendo la mejor forma –y la más eficaz– de modernizar cualquier economía y terminar con el neocolonialismo que relega a las familias más pobres de la sociedad a estar circunscriptas al Estado.

Dicho de otro modo, el 34% de la población que no completa los estudios secundarios conforma el 75% de la población de las cárceles federales y el 73% de los internos de las cárceles provinciales. Siendo que los costos carcelarios ascienden a 95.000 dólares canadienses por año y por persona y que los costos escolares son de alrededor de 6000 dólares canadienses por alumno anualmente, tiene sentido mantener a los jóvenes en la escuela hasta el 12° grado. Una vez más, la educación básica de buena calidad reduce los costos sociales.

El argumento a favor de la inversión estatal en educación se torna aún más fuerte cuando se consideran las estadísticas de bienestar social y desempleo. En British Columbia, el 85% de la asistencia brindada en ingresos se gasta en la gente que no ha terminado los estudios secundarios. Solamente el 6,7% de los que terminaron el secundario cobran asistencia brindada en ingresos. Una vez más, dado que esa asistencia le cuesta al gobierno hasta 27.000 dólares canadienses anuales por familia, y los costos anuales de escolaridad para un alumno son menos de un cuarto de ese monto, parece mucho más razonable invertir los recursos públicos en mejorar los niveles educativos generales que en arriesgarse a tener la obligación mucho más grande y a largo plazo del gasto en bienestar social.

La fuerte relación entre el desempleo y la falta de educación también ha sido demostrada en innumerables estudios

canadienses realizados desde la década del '70. En general, estos estudios muestran que los índices de desempleo con ocho o menos años de escolaridad varían entre 20 a 25%, aunque usualmente los índices son más altos entre los más jóvenes. En aquellos que han terminado el secundario, los índices de desempleo varía entre un 10 y 12%. En los individuos con algún tipo de entrenamiento posterior al secundario, el índice se reduce nuevamente a alrededor del 9%. Los beneficios por desempleo, pagados por el gobierno federal, consumen una gran parte de los recursos públicos de Canadá que se podría gastar de otro modo para mejorar los programas de salud, la obra social para la gente mayor u otros programas nacionales. Sin mejoras en los niveles básicos de educación, gran parte de este gasto va a seguir estando dirigido al segmento más pobremente educado de la sociedad.

En resumen, el argumento de mejorar los niveles educativos básicos en países como Canadá y la Argentina es apremiante por razones educativas, culturales, políticas y económicas. Ningún país es capaz de soportar fácilmente los costos de una población pobremente educada, y ningún país democrático es capaz de realizar el sueño de equidad social a menos que interrumpa el ciclo de pobreza y desventaja que caracteriza a los niños de las escuelas pobres. La provisión de educación de buena calidad sigue siendo la mejor forma –y la más eficaz– de modernizar cualquier economía y terminar con el neocolonialismo que relega a las familias más pobres de la sociedad a estar circunscriptas al Estado. Ninguna nación, por más rica que sea, puede permitirse esa pérdida de recursos humanos o la carga que eso significa para el resto de la economía.

Thomas Fleming es profesor de Política e Historia Educativa en la Universidad de Victoria en British Columbia, Canadá. Durante los últimos 14 años, ha visitado y trabajado en la Argentina más de 20 veces. Actualmente, está co-dirigiendo un proyecto básico de educación alternativa en Rosario, patrocinado por la Agencia de Desarrollo Internacional Canadiense.